

PALABRAS A UN MAESTRO

Bajo el recuerdo de otro maestro: Mauricio Goldenberg.

Querido maestro:

Cuando Félix Grande me habló de un número de CUADERNOS dedicado a su obra y su persona (¿hay diferencia en este caso entre una y otra?), me dije: ¡Coño!, que acabo de publicar un ensayo sobre Ernesto en *Nueva Estafeta*. Ese escrito —que se titula «Una dialéctica de las pasiones»— dice muchas de las cosas que yo quise decir alguna vez sobre usted. Allí digo —y es la única mención concreta que haré de ese trabajo— lo que sigue: quiero terminar ahora, brevemente, con la reiteración de un concepto que repetí varias veces en el curso de estos pensamientos. Me refiero al aspecto ético de la obra de Sábato. Y no sólo de su obra, también de su conducta civil. Es necesario puntualizar que es Ernesto Sábato, el moralista, quien habita estas páginas. Porque todo este proyecto tenía sentido si se ordenaba dentro de una visión ética, de lucidez y de verdad, de pasión por la libertad y de respeto al hombre, que califican la obra de Ernesto. En esta extraña y hermosa aventura de vivir, donde muchas veces sólo tenemos como pareja la acuciante proximidad de la muerte, Sábato es un ejemplo del camino que se debe seguir en el sentido de lo humano. Quizá no podamos elevar al hombre. Por lo menos hagamos lo que Ernesto: poner todas nuestras fuerzas para que no se rebaje. Hasta aquí la secuencia de mi ensayo. Hoy quiero reiterar esta secuencia, porque es de ese sentimiento del que voy a alimentar mi búsqueda. Ese sentimiento, que siempre necesité poner por delante de cualquier especulación filosófica, de cualquier doctrina ideológica o de cualquier interpretación más o menos global de la vida que nos ha tocado vivir. Usted sabe, Ernesto, que esta vida no es pródiga en maestros, si entendemos por tal esa singular mixtura de padre elegido y tutor intelectual admirado. Freud —ese viejo indagador con mucho más mala leche que usted y yo juntos— tendría respecto de este tema multiplicadas notaciones que agregar. Inevitablemente transitaríamos —¿y qué es el psicoanálisis

sino un tránsito por la fantasía liberada?— imágenes de padres idealizados, de culpa original, de hambre totémica, de Edipo bien elaborado o de envidias subyacentes transformadas en regueros competitivos, pero inevitablemente transitaríamos también sin ninguna duda el regusto entrañable que da el amor y la lealtad orgullosa que da una ética hecha de docencia y valentía. Por eso quizá la vida no es pródiga en maestros. Claro que uno tiene el recurso de la historia y de las opciones atemporales. Entonces puedes elegir sin obstáculos vivir con Sócrates, caminar con Unamuno, pensar con Sartre, doler con Camus. Pero hay otra historia, más temporal, más dramáticamente realista, más hecha a nuestra cotidiana medida de las cosas y a nuestro quehacer más concreto. En esa historia, repito, los maestros no abundan. Yo puedo hasta hoy, y tengo cuarenta y nueve años, nombrar tres: Mauricio Goldenberg, Ernesto Sábato y aquí, en esta España generosa y nuestra, Luis Rosales. Como ve, Ernesto, lo he colocado entre un gran psiquiatra y un gran poeta. No puede estar mejor custodiado, ¿verdad? Porque usted ha sido para mí muchas veces un emergente de esa dupla: la lucidez militante y la víscera poética. Lo he vivido muchas veces tenso, muchas veces angustiado o caprichoso, muchas veces radical o contradictorio, pero siempre hondo, siempre humanista, siempre prójimo de proximidad, siempre insomne frente al dolor de los hombres y las injusticias de los sistemas. Allí fue aprendiendo lo que mis limitaciones me permitían aprender. Y no hablo de limitaciones por vaya a saber qué equívoco concepto de la modestia, no. Lo digo más fieramente: las limitaciones de un joven rebelde que no sabe bien qué es la rebeldía, las limitaciones de una pasión tumultuosa que no tenía destinatario real, las limitaciones de esa omnipotencia que brota del espíritu de los jóvenes y los transforma en autoelegidos jueces del error que no distinguen y la arbitrariedad que no discriminan. La juventud, Ernesto, con todo lo de agobiante y prístino que tiene esa hermosa edad. ¿Puede usted imaginar, entonces, lo que significa encontrar un maestro, un padre de ideas, un lugar donde refugiar la incertidumbre y el miedo? Ese papel lo cumplió usted, Ernesto, reiteradamente. No había en su actitud solemnidad de sobrevalorado ni entono de pretencioso: simplemente un hombre. Un ser que había hecho de la pasión por la verdad su más obstinado destino. Y yo aprendía allí —muchas veces intenté ponerlo en práctica luego— que pasión y verdad no eran términos antinómicos, sino cuerpo y sangre de la vida cuando ésta nace vertiginosa y solidaria. Le confieso algo: en ciertos momentos llegué hasta envidiarle esa vena tan marcada que usted tiene en la frente y que se dilata significativamente cada vez

que habla de su verdad con pasión. Allí aprendí también que no era casual que el sistema circulatorio fuera espejo de las vicisitudes y sobresaltos de un espíritu abierto y volcánico. Entonces intenté un mal poema que comenzaba así:

*Portiado descontrol de la pasión
habitado de pan y humanidad
Carlitos sin galera y sin bastón
sediento de absoluto y santidad.*

Hace pocos días fuimos con Paca Aguirre y Félix Grande a saludarlo a Barajas, Ernesto. Usted iba a San Sebastián y tenía algunas horas en Madrid. Nos sonreíamos cómplicemente porque usted, el «viejo», caminaba aceleradamente, desparramaba energías por doquier, se enfadaba con la guerra de las Malvinas, discutía con los «pequeños sinvergüenzas», llamaba premiosamente a Matilde —¡cuántos años, maestro, llamando a Matilde siempre premiosamente!— y se colaba al avión con una inquieta adolescencia puesta en sus zapatos. Yo les decía a nuestros amigos que eso era usted desde siempre: docencia con taquicardia. Del remanso, del acolchonamiento, de la pausa: nada. Recuerdo que hace algunos años, en inolvidables charlas con Héctor Fiorini —¿te acordás, hermano, qué tiempos aquellos?—, le decía: mirá, a Ernesto, al que tanto deben los judíos por su insobornable militancia contra el nazismo y el antisemitismo, habría que definirlo con una vieja expresión idish: tiene *shpilkes in tujes* (hormigas en el culo). Cuando se enfrentaba con lo que usted siempre llamó «los pequeños sinvergüenzas» (jóvenes irónicos, desvalorizadores, petardistas, desagradecidos), se le hinchaba la vena de la frente —esa vena envidiada por mí— y yo temía que en cualquier momento explotara y la sangre del mundo nos arrebatara de nuestros asientos. Sólo sucedía lo que Ronald Laing llamó una *inpllosion*, un reventón hacia dentro de pasión y calentura, y Ernesto se retiraba ofendido y con él la dignidad y la lucidez de su magisterio. Se había negado a beber la cicuta: eso era todo.

*Inventor del desgarró, corazón
de hondero muy de llanto y de ciudad
gran profeta sobrándole visión:
dos mitades de luz y otra mitad.*

Claro que usted, Ernesto, me va a perdonar un soneto donde la falta de talento sólo era apenas disimulable por su prepotencia de amor. Recuerdo que en aquellos tiempos protagonizábamos la vida cultural de Buenos Aires a través de una revista (*El grillo de papel*, ¿se acuer-

da, maestro?), donde compartíamos responsabilidades Abelardo Castillo, Liliana Heker, Horacio Salas, Humberto Costantini y otros, revista en la que usted era una especie de asesor espiritual. Con usted comenzábamos a decir, con Unamuno, que el amor nos demuestra cuánto de carne que tiene el espíritu. Con usted recorríamos el pensamiento de Martín Buber y las vulnerabilidades del discurrir científico. Con usted transitábamos el sexo como una forma de la metafísica. Con usted, Ernesto, nos adoctrinábamos en la única doctrina sin ortodoxia: la de sobrevivir lúcidamente. Allí nos hicimos amigos de Dostoievski y Proust, de Joyce y Borges, de Gregorio Samsa y Juan de Mairena. «Que los rostros de Nietzsche, Rilke Manzi o Baudelaire resulten familiares», como lo dice un nostálgico poema de Horacio Salas. Allí, junto a usted, hicimos el áspero aprendizaje que el corazón de uno es el corazón de todos. Eso nos producía lo que nuestro querido Albert Camus llamaba «la amenaza de una magnífica felicidad». Porque es cierto: jóvenes, contradictorios, voraces, apasionados y frágiles, éramos felices porque creíamos en la cultura y en el ansia de superación de los hombres. Usted nos decía en aquellos tiempos: levantad un pequeño mundo todos los días, mundo pequeño y por eso más conmovedor. Levantad la insensata esperanza de los hombres, su furia persistente para sobrevivir, su anhelo de respirar mientras sea posible, su pequeño, testarudo y grotesco heroísmo de todos los días frente al infortunio. Y nosotros, «chicos malcriados en una pieza oscura» (Salas), despertábamos a la luz y a la inteligencia con palabras como éstas, nacidas de un hombre que había aprendido a desembarazarse de cadáveres y de fantasmas perturbadores en su relación con los demás para dar cabida a sus propias muertes y a sus propios perturbadores fantasmas. Era ese mundo de la interioridad y la conjetura que usted ponía frente a nuestra curiosa mirada. Con usted supe, Ernesto, que había un concepto real de patria: la infancia, algunos rostros, algunos recuerdos, una insignificante calle, un viejo tango en un organito, el olor de los jazmines, el ruido del viejo motor en el molino. Y yo, muchacho en aquel momento agobiado por las distintas vertientes de la identidad (nieto de una bobo rusa, infancia en un mundo de holocausto y desesperanza, familia de campesinos, temeroso de asumir una nacionalidad que me era muchas veces negada, protagonista —como diría Borges— de un prolongado comercio con la ambivalencia), aprendí, Ernesto, que tenía derecho a llamar patria a las aguas del río azul que bañaron mis primeros años, a los versos de los poetas de España, a los goles de Boca Juniors, a ciertos crepúsculos que enmarcaban ya un incipiente credo poético, a esos desgarrones mitológicos del bandoneón del gordo Troilo. Aprendí junto a

usted a vivir libremente estos estremecimientos y llamarlos patria, como usted lo hacía con una insignificante calle. Hoy esto parece obvio, pero para un joven interrogado aquellas palabras, venidas de un maestro, tenían la fuerza moral de un código. Porque yo, Ernesto, nací en 1933, es decir, en un país que ya comenzaba a padecer los rigores de la absurdidad de la violencia. Usted testimonió ese país, nuestro país, en toda su obra, cabalgando entre el cielo y el infierno —quizá nunca mejor llamados así que en Argentina—, entre uno y el universo, entre hombres y engranajes, entre el escritor y sus fantasmas. Son palabras suyas, títulos suyos. ¿Será esencialmente por eso que su generación se llamó «intermedia»? No por causas cronológicas, sino por vivir entre Buenos Aires y el límpido techo de estrellas, indiferente a la angustia y el resentimiento de sus habitantes. Por vivir entre las paredes de esa ciudad de leyenda y el silencio milenario de una pampa infinita y sola. Cuando Perón llega al poder yo tengo doce años y usted apenas treinta y cuatro. «Alpargatas sí, libros no», ¿recuerda, Ernesto? El revés se pone del derecho y usted, como tantos, no puede desconfiar de la inteligencia ni menoscabar la cultura: usted es hijo de ambas. Allí comienza otro particular aspecto de su docencia: trata de comprender sin renunciar. Entre el desbarajuste y las ficciones intenta un camino leal a sí mismo, un camino donde pueda ser amigo de la historia sin dejar de serlo de la verdad: moralista al fin. Pero de esa moral que nace mucho más de la autenticidad que de la servidumbre, mucho más del amor a la vida que del instinto de muerte, mucho más un predicador del estremecimiento que de la virtud. Allí ya se preparaba ese equipaje de experiencias y emociones que pocos años después usted nos legaría generosamente. Stendhal ya lo había señalado: mi alma es un fuego que sufre si no arde. En lo alto de la llama, Ernesto, su grito salía señero y llegaba hondo. Alumno de Stendhal, su corazón no sabía de otro alimento que esa embriaguez que da la búsqueda incansable de la propia verdad. En esos momentos un niño cualquiera (Héctor Yánover, Horacio Salas, Abelardo Castillo, Vicente Battista, Arnoldo Liberman) aprendía en la calle los inquietantes caminos de la existencia humana y se hacía ilusión, como dirían los españoles, de conocer alguna vez a alguien que albergara ciertas necesarias respuestas. Esa claridad blanca y negra que signaba nuestra búsqueda —como una manera anticipada de lo que aprenderíamos a llamar la verdad— indagaba esas respuestas donde el sol y el absurdo (¡ah, querido Camus!), la historia y los interrogantes, el fervor y la memoria, los enigmas y la creación, se sucedían en nuestro mundo interior aun sin matices. Lo encontramos a usted, Ernesto, lo encontré a usted, insisto, sin fanatismos ni distanciamientos mesiánicos.

Un maestro, solamente eso. Y como usted lo escribió en *Sobre héroes y tumbas*, uno no encuentra sino lo que busca, y se busca lo que en cierto modo está escondido en lo más profundo y oscuro de nuestro corazón. Comenzamos entonces a hacernos eco de los interrogantes que usted sufría minuciosamente: qué era ser argentino, qué significaba escribir, qué calificaba a la fantasía, qué caminos recorrían los fantasmas de nuestra imaginación, qué realidad debía ser develada, qué era la interacción entre la conciencia y el mundo, qué se decía realmente cuando se hablaba de arte de la rebelión, qué papel cumplían los sueños, qué era el coraje del amor. Nos impregnábamos de su tensión mental y su irreparable vitalismo. Ojalá pudiera hablar de usted y de aquellos años con la mesura, la contención, el sereno juicio con que usted habla de su maestro Pedro Henríquez Ureña, aquel «mexicano» que despilfarró talento por las aulas de nuestro país. Pero usted ya sabe, Ernesto, que no sé «estrangular el énfasis», que no supe nunca «retorcerle el cuello a la exuberancia», que soy un dionisiaco por antonomasia y que sé tanto de equilibrios felices como de investigación en la contaminación de las aguas. Por eso, claro, me siento siempre mucho más cerca de *El Túnel* que del *18 Brumario*, y mucho más cerca —perdóneme esta inocente irreverencia— de María Iribarne que de Rosa de Luxemburgo, consciente del esquematismo de esta alternativa. Porque a su lado aprendí del amor y de los puerros inalcanzables de la eternidad, de la oscuridad de un vientre hecho deseo y del puñal asesino del racionalismo que sólo tolera ese vientre si lo ve acuchillado. María Iribarne, Alejandra, Juan Pablo Castel, Bruno, Martín, todos protagonistas de nuestras propias vicisitudes de adolescentes y a la vez temas de conversación en su casa de Santos Lugares, en reuniones inolvidables, llenas de asombro y de turbación interior. Un psicólogo culturalista hablaría alguna vez del miedo a la libertad. Hasta Camus reafirmaría que la libertad es peligrosa. Nuestra libertad, la mía por lo menos, era ese asombro, esa turbación interior que nacía de encontrarme entre hombres libres. Ni miedo ni peligro: simple goce de ejercer los dones del vivir. Discriminar para elegir, deletrear el amor, atesorar la cultura, habitar la amistad, soñar lo universal. Poco a poco, Ernesto, fuimos internalizando noticias que nos ayudaron a madurar, a ser hombres: el derecho a la equivocación, la esencia amoral del conocimiento científico, los resortes de una maquinaria gigantesca y anónima que amenazaba con devorarnos, las pobrezas y sinrazones del dinero y la razón, los viejos y nuevos fetichismos, el valor moral del surrealismo, los superestados de la deshumanización, la reacción existencial, la soledad ante la muerte, el misterio judeo-cristiano, la inaccesible y alimenticia Edad de Oro, el

tiempo pensativo, Dios. Muchas de esas vivencias aún hoy se solazan en el fondo de nuestro conocimiento. Son esos momentos teopáticos —como usted los llamaría— donde entramos en contacto con la eternidad, ese elixir hecho de nostalgia, memoria y plenitud. Pero no quiero ponerme solemne, Ernesto. En esta comunión, en esta participación visceral, en esta cercanía, no faltaba, claro, el humor. Muchas veces era ésa su vena más dilatada. Siempre tenía un comentario a mano que arrancaba la sonrisa. Recorrer su obra es también recorrer los dardos de su humor. «Carlitos sin galera y sin bastón», sí, muchas veces lo era. El destinatario de su burla, siempre enternecida, podían ser Borges o la semántica o la cultapolítica. Cualquier tema era permisivo para divertirnos. En este momento recuerdo cómo le hacía reír aquella señora caricaturizada por Proust que pensaba que Debussy era mejor músico que Beethoven por el simple expediente de que había nacido después. O cuando juntos escribimos el cuento policial más breve de la historia de la literatura: decía, simplemente, *entonces fue que me encontraron muerto*. En una frase transformábamos a Ellery Queen en Ray Bradbury, y una lacónica expresión en un relato de ciencia ficción. Reíamos con las *boutades* de Borges y con las teorías sobre la fecha del nacimiento del alma en la mujer o con la teoría de La Rochefoucauld sobre que los defectos nacen de la exageración de las virtudes (por eso la mujer está más cerca del cotilleo, y el hombre, de la guerra). En *Sobre héroes y tumbas* el personaje de Quique da testimonio fascinante de esos momentos. Quizá momentos tan teopáticos como los anteriores. Eso que usted señala en tantas y tantas oportunidades: aquellos fugaces instantes de comunidad que experimentamos al lado de otros hombres, los momentos de solidaridad ante el dolor y ante el humor, los frágiles y transitorios puentes que nos unen por sobre el abismo sin fondo de la soledad, «eso debería bastarnos para saber que hay algo fuera de nuestra cárcel y que ese algo es valioso y da sentido a nuestra vida, y tal vez hasta un sentido absoluto». Aquello que usted recuerda de Dostoievski por boca de Kiriloff: creo en la vida eterna en este mundo. Hay momentos en que el tiempo se detiene de repente para dar lugar a la eternidad. Pues eso, Ernesto. No es poco decir de un maestro que con él aprendimos a aceptar la eternidad, aunque esa aceptación tenga que prevalecer por sobre el egoísmo, el sin sentido, la vulnerabilidad y la muerte de los hombres. Algo, una justificación última, flota sobre las tumbas. Recuerdo otra vez a Camus: nada sería más vano que morir por un amor. Vivir es preciso. Yo creo, maestro, que Camus hablaba de lo mismo que usted. Dicho de otra manera: que debajo o detrás de toda rebeldía o de toda impaciencia, subyace un consentimiento,

«En su cielo mezclado de lágrimas y sol aprendí a consentir la tierra y a arder en la llama sombría de sus fiestas.» Es difícil decirlo mejor, ¿verdad? En ese encuentro con el consentimiento, en esa impaciencia hecha ardor y en esa rebeldía hecha puente, aprendimos con usted que existe, que debe existir, esa última justificación. La que se alimenta de los otros artistas, de los otros amigos, de los otros abismos, de las otras palabras, de los otros silencios. Donde cada estremecimiento no sólo nace de la turbación o de la emoción trascendente o del arte, sino de ese plural «los otros» que signa la ecuación de una moral solidaria y metafísica. Ese era su magisterio —ése es aún, gracias a Dios—, donde el hombre, egoísta, frágil, arbitrario, muchas veces desencantado y muchas veces impotente, puede a la vez ser infinitamente generoso, solidario, apasionado de la justicia, vital hasta la exasperación, enamorado del amor y libre hasta la soledad. Entonces la vida tiene un significado definitivo, porque sólo Dios —o como quiéramos llamarlo— puede albergar en un ser tanta sabía contradicción, tanta querella fraterna, tanta palpitación irrenunciable, tanta sed y tanta agua. Frente a aquella estrategia de Stendhal, «la única excusa de Dios es que no existe», prefiero, Ernesto, sus enseñanzas, sus imprecisas fantasmagorías, esas que transformaron a un investigador de la física en un testigo de sus regiones más ocultas, es decir, un escritor, es decir, un espía de Dios. Por eso en una historia como ésta, con jóvenes ávidos y un maestro no asumido (sé que esto de llamarlo maestro no lo encajará usted demasiado bien, pero la página es mía y Sábado propone y el sentimiento dispone), es inevitable incluir aquellos puentes episódicos con lo eterno que, les pongamos el nombre que les pongamos, dan testimonio de la existencia del absoluto, momentos en que nos reconciamos con todos y con todo. Pese a todo. Un maestro es una vía para esa reconciliación. Entre la conciencia de querer ser y la más premiosa y quebradiza conciencia de lo que realmente somos, un maestro, Ernesto, es un custodio de la libertad, un enemigo de los lujos mentirosos, un artífice de esa turbación pensante que es la dignidad humana. Esa es su herencia. Nosotros, en la medida de nuestras posibilidades, sus seguidores, como usted lo fue de alguien y alguien de Dios. Cuentan que Nietzsche, después de haber dolido el sinsabor de su ruptura con Lou Salomé, sólo ante sí mismo y a «miles de metros sobre el egoísmo de los hombres», caminando entre las montañas, encendía grandes hogueras de hojas y ramas, que él contemplaba consumirse. Camus usó de esta misma anécdota en una de sus últimas conferencias para señalar su propio sueño de encender el fuego y arrojar allí ciertas obras y ciertos hombres para ponerlos a prueba. Lo que sobrevive, vive, ¿verdad? Yo

arrojaría no sólo su obra, Ernesto, sino sus palabras y su conducta con total seguridad de su persistencia y, sobre todo, de la permanencia alerta de su ejemplo. León Felipe, un maestro de todos, decía que él no daba consejos, sino pedazos de alma. Unamuno decía algo semejante. Un pedazo suyo, Ernesto, lo tengo yo. Y no sólo porque fue mi maestro, sino porque lo es de mis hijos, que lo leen y subrayan con particular dedicación, porque lo seguimos viendo en nuestras rutas interiores y en los aeropuertos, porque nos sirve para no llorar la muerte del espíritu —pese a este áspero mundo—, sino a celebrar su supervivencia, porque la belleza todavía nos sigue apretando la garganta y Dios aún se hospeda en el pincel o el pentagrama del artista o en el abrazo ancho de dos cuerpos enamorados. Esto es casi todo, Ernesto. «*Inventor del desgarró, corazón de cántaro con sol y gran sabat*». Y aquí estamos casi todos. También, claro, Mauricio Goldenberg y Luis Rosales. Yo sé que a usted, que me enseñó que existe un Banco de la Justicia Universal, le alegrará compartir estas docencias y estas presencias. Yo también me siento maestro cuando les digo a mis hijos: lean a Ernesto Sábato porque una llama los espera. Porque Sábato, cuando enseña, incendia. Todo mi cariño de siempre, Ernesto, y hasta pronto, hasta nuestro próximo encuentro en algún aeropuerto, en la patria buscada, en alguna insignificante calle de Buenos Aires o Madrid, en ese pilar del establecimiento que es el amor por una mujer o en ese pilar de la sabiduría, que es el estremecimiento compartido o la moral de una pasión definitiva.

ARNOLDO LIBERMAN

Avenida San Luis, 93, 7.º E
MADRID-33